

## Guerra capitalista, capitalismo guerrero y guerra a la guerra *Capitalist war, warrior capitalism and war on war*

**Carmelo Buscema**

Università della Calabria

carmelo.buscema@unical.it

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3592-6578>

### Resumen

El ensayo trata la cuestión de la relación contemporánea entre el capitalismo y la guerra, con referencia a la actual contingencia geopolítica y a parte de su debate, especialmente dentro del pensamiento marxista. En particular, blanco de nuestro intento positivamente polémico, aquí, está aquel enfoque economicista que tiende a leer la situación de exasperada conflictividad internacional que se ha manifestado en los últimos años, principalmente como el efecto mecánicamente desencadenado por los nuevos desequilibrios financieros que han ido sedimentándose entre los principales países del mundo. Argumentaremos cómo ese planteamiento, además de producir resultados heurísticos altamente contestables, produce el estrechamiento de las perspectivas políticas críticas orientadas hacia una mayor justicia social y global, y su peligroso aplastamiento y adherencia a la propaganda de los principales países occidentales. En una parte sucesiva del texto, nos asomamos a algunas reflexiones de Mario Tronti sobre el tema de la *autonomía de lo político*, cuya importancia consiste en su función de *recuerdo del futuro*: es decir, de aquel espacio entre lo económico y lo político, entre el mecanismo y la decisión, que representa el ámbito de creación social, cultural y político de todo *por venir*.

**Palabras clave:** Guerra, Capitalismo, Marxismo.

### Abstract

*This essay deals with the contemporary relationship between capitalism and war, with reference to the current geopolitical contingency and part of the debate raised around it, especially within the Marxist thinking. In particular, the target of our positively polemical attempt, here, is that economicist approach tending to read the situation of exasperated international conflict that has exploded in recent years, mainly as the effect mechanically triggered by the new financial imbalances that have matured among the main countries in the world. We will argue how such an approach, besides producing highly contestable heuristic results, determines the narrowing of critical political perspectives which would be oriented toward greater social and global justice, and its dangerous adherence to the propaganda elaborated by the main Western. In a subsequent part of the text, we will look at some reflections developed by Mario Tronti on the topic of the autonomy of the political, which importance*

Recibido: Junio 16 2024

Aceptado: Septiembre 9 2024



Se autoriza la reproducción total o parcial de los textos aquí publicados siempre y cuando se cite la fuente completa y la dirección electrónica de la publicación. CC-BY-NC-ND

*consists of their function as a reminder of the future: that is, of that space between the economic and the political, between the mechanism and the decision, which represents the sphere of social, cultural and political creation of every forthcoming.*

**Keywords:** War, Capitalism, Marxism

**JEL:** B5, F5, F6

*El impuesto global*

El amor que pasa, la vida que pesa, la muerte que pisa.  
Hay dolores inevitables, y así es nomás, y ni modo.  
Pero las autoridades planetarias agregan dolor a dolor,  
y encima nos cobran ese favor que nos hacen.  
En dinero contante y sonante pagamos, cada día, el impuesto al valor agregado.  
En desdicha constante y sonante pagamos, cada día, el impuesto al dolor agregado.  
El dolor agregado se disfraza de fatalidad del destino  
como si fueran la misma cosa la angustia que nace de la fugacidad de la vida  
y la angustia que nace de la fugacidad del empleo.

Eduardo Galeano (2008: 314).

## **Introducción**

En este ensayo discutimos la cuestión de la relación contemporánea entre el capitalismo y la guerra, con referencia a la actual contingencia geopolítica y a la parte del debate que sobre ésta se está desarrollando, y que, en relación con nuestros fines teóricos y heurísticos, consideramos más importante. En particular, aquí nos referiremos especialmente, y con positivo intento polémico, al enfoque que una corriente relevante del marxismo, cuya perspectiva analítica definiremos economicista, ha elaborado para leer la situación de exacerbada conflictividad internacional que se ha manifestado sobre todo a partir de la guerra Rusia-Ucrania, y que, con toda evidencia, a lo largo de los últimos años, no ha hecho más que expandirse y agravarse aún más peligrosamente. Principal objetivo de este ensayo es la elaboración de algunos elementos críticos de parcial cuestionamiento y confutación hacia ese enfoque, tratando de denunciar –diremos aquí, de momento, muy genéricamente– su carácter de clausura epistemológica, determinado por la adopción de definiciones abstractas de las categorías heurísticas y cognitivas utilizadas, y de métodos de ponderación casi meramente cuantitativos, no adecuadamente compensados por verificaciones y análisis críticos de sus elementos previamente asumidos y de aquellos finalmente derivados. El efecto de estas fundamentales aberraciones del razonamiento científico, sobre temas de naturaleza social y política tan delicada y compleja, consiste –tememos– en mermar no solamente la calidad de sus propios resultados en los términos del esfuerzo de comprensión del mundo, sino en viciar nuestras aportaciones comprometidas a las dinámicas de su transformación, orientándolas hacia destinos extremadamente trágicos, además de equivocados.

Para realizar nuestro objetivo, en el núcleo central de este texto, presentaremos y discutiremos críticamente la tesis fundamental y los argumentos analíticos principales de un libro muy representativo de nuestro blanco teórico polémico, y entonces crucial para la afinación de las cuestiones epistemológicas, y asimismo político-económicas, que aquí nos interesa discutir. Más en detalle, nos referimos a la obra publicada en Italia en 2022, con el título *La guerra capitalista. Competizione, centralizzazione e nuovo conflitto imperialista*,

y escrita por Emiliano Brancaccio, Raffaele Giammetti y Stefano Lucarelli. Si, por un lado, consideramos ese libro importante de manera muy positiva por sus contenidos, por su espíritu civil e intelectual, así como por el nutrido e interesante debate que ha suscitado; por el otro lado, empero, nos resulta particularmente emblemático –esta vez en negativo, desde nuestro particular, y a su vez muy falible punto de vista– de las camufladas y sin embargo temibles falacias políticas a las cuales la investigación científica comprometida, sin quererlo, puede no solamente llegar, sino también conducir consigo a una parte relevante de la opinión pública. Más en detalle, dentro del esquema teórico al cual aquí polémicamente nos referimos, prácticamente todos los conflictos actuales deberían ser pensados como episodios de una única guerra mundial cuya naturaleza y origen –este es el punto focal– sería eminentemente *capitalista*, según una acepción muy precisa y específica de ese último término. De hecho, aquellos episodios representarían la expresión de la función de desarrollo del sujeto–capital, y el efecto de un mecanismo semiautomático dictado por el proceso de valorización del capital mismo, que hoy en día se lleva a cabo a escala casi completamente global. El axioma más general implícito y subyacente a esa forma de pensar, es que la dinámica económica represente la única base de apoyo de la entera estructura social, y la única principal fuente de determinación de sus ocurrencias históricas. Esto significa que, dentro de ese enfoque, hasta el arte plástico de la política y de la guerra o, al revés, de la guerra y de la política –según que escojamos la máxima elaborada por Carl von Clausewitz (1832), o aquella revertida sucesivamente por Michel Foucault (1976: 22), sobre el postulado que establece la relación de contigüidad y de continuación entre los dos términos–, hasta ese arte –entonces– sería poco más que un reflejo y una realidad de segundo grado, casi mecánicamente generada y sobredeterminada por la dinámica primaria protagonizada por la “originaria” sustancia económica. A la negatividad consistente de la naturaleza triste de las perspectivas políticas pensadas a partir de un enfoque heurístico de ese tipo, esencialmente basado en el determinismo economicista, hoy en día, se añade la peligrosa recarga de un serio y muy concreto riesgo: que la paradójica implicación de esa lectura de la realidad consista en favorecer que el pensamiento crítico caiga prisionero del espejismo tramposo confeccionado por la propaganda occidentalista sobre las cuestiones geopolíticas y geoeconómicas más actuales. Ésta, de hecho, según las circunstancias, alterna el ejercicio de una doble hipocresía: ahora enmascara *la guerra efectivamente capitalista, para la acumulación del provecho y de los recursos*, con los rasgos del *choque de civilización*; y ahora, viceversa, enmascara *la agresión efectivamente llevada por Occidente en contra de las demás civilizaciones, culturas y pueblos del mundo*, con los argumentos falsamente defensivos propios de la *racionalidad economicista*.

Contra esas perjudiciales circunstancias, en una parte sucesiva y final del texto, nos asomaremos sobre otra visión, retomando, reelaborando y contraponiendo a los contenidos presentados en la parte anterior, algunas de las más significativas reflexiones desarrolladas por parte de Mario Tronti sobre el tema de la *autonomía de lo político*. En particular, señalaremos algunos de sus razonamientos surgidos dentro del contexto histórico determinado por aquella crucial y fundante crisis de alcance estructural para el sistema–mundo contemporáneo, ocurrida durante los primeros años Setenta del siglo pasado. La importancia de ese pensamiento –creemos– consiste sobre todo en su función de *recuerdo* –emblemáticamente procedente de aquel importante momento que se ha quedado como bloqueado y suspendido en un pasado, que no ha pasado ni pasa, en la medida en que no ha sido capaz de volverse futuro, nuestro presente, en ninguna positiva y concreta medida. Ese “recuerdo” nos ayuda a reconocer la existencia, y quizás a individualizar su precisa colocación, de

aquel espacio mediano que siempre se queda potencialmente abierto, subsistente –aunque culpablemente no lo veamos– entre lo económico y lo político, entre el automatismo y la decisión, entre la necesidad y la elección, entre el mecanismo y la ética. Aquel espacio que es ámbito de posibilidad de separación, de ruptura y de *porvenir*, del cual en esa fase, ahora por debilidad, ahora por interés, ahora por error, nos resulta imposible acordarnos.

## **Life on Marx?**

1971 ha sido un año importante para la historia de la política y de la economía a nivel mundial, pues entonces empezaba la contrarrevolución que, a partir primeramente del protagonismo de Washington y luego también de Londres, habría orquestado y desencadenado aquella compleja y violenta dinámica social, cultural, psico-emotiva, tecnológica, financiera y monetaria, que sólo algunos lustros después habríamos conocido y reconocido bajo la etiqueta del neoliberalismo (Harvey, 2007). Éste ha consistido en la reacción a las significativas conquistas que las clases populares de los países más industrializados y las elites políticas del mundo no occidental habían ido obteniendo durante las décadas inmediatamente anteriores, y habría finalmente engendrado la caída del Muro de Berlín, el desplome de la Unión Soviética, y la perspectiva del mundo entero se estaba asomando al parapeto con vistas al incierto y farsesco espectáculo del *fin de la historia* preanunciado por Francis Fukuyama ya en el verano de 1989 desde las páginas de *The National Interest*. Aquel mismo 1971, David Bowie sacaría una de sus canciones de mayor y más largo éxito: *Life on Mars*, que describía los aleatorios deseos de fuga hacia planetas desconocidos y lejanos, de una chica occidental triste, aburrida, insatisfecha, exasperada y molesta por el estúpido entusiasmo con el cual los ciegos espectadores vociferantes a su alrededor saludaban aquel *freakiest best selling show* que, como hemos visto, justamente entonces acababa de empezar. Forzada por las circunstancias a esperar en una esperanza mucho más difícil de esperar, la chica amargada se preguntaba si acaso *is there life on Mars*.

Sin darse suficientemente cuenta, todo el mundo, en aquella fase, estaba predisponiéndose a ese mismo gesto interior y solitario: la despedida de sus propias referencias. Incluso, o sobre todo, las izquierdas occidentales: después, y a pesar de, los ricos auges vividos por el marxismo en los entonces cercanos años Sesenta y Setenta, por ejemplo, el planeta construido alrededor de las elaboraciones de Karl Marx e inspiradas por él, se estaba alejando paulatinamente del horizonte científico, político y cultural. Desde una perspectiva inspirada por el pensamiento crítico y comprometida con la idea de transformar el mundo en un sentido más pacífico y justo, tratar de entender la estructura social e internacional contemporánea, las raíces de los acontecimientos que caracterizan su actualidad, así como los profundos cambios que han afectado nuestras vidas cotidianas a lo largo de las últimas décadas, implica ciertamente la necesidad de reflexionar también acerca de ese repentino alejamiento y traumatizante amnesia.

Coincide exactamente con esta necesidad uno de los motivos que meritoriamente inspiran una parte del ya citado libro escrito por Brancaccio, Giammetti y Lucarelli (2022). La obra contiene muchas y muy interesantes aportaciones al debate económico-político acerca del presente escenario internacional y, si bien sea inspirada por la urgencia de esclarecer los motivos estructurales de la reciente escalación de la guerra combatida en Ucrania entre las fuerzas de la OTAN y Rusia, la ambición de su tesis principal tiene un alcance explicativo mucho más general, como veremos adelante, más en detalle.

El esfuerzo del cual se encargan primeramente los tres autores consiste, entonces, en visitar el alejado planeta Marx, con la actitud de los generosos y apegados exploradores que, llegando, constatan la devastación causada por las últimas décadas de neoliberalismo, y empiezan a hurgar entre las ruinas en búsqueda de supervivientes, recursos residuos y elementos teóricos para dar fuerza a nuestras esperanzas. Su balance es bastante penoso: del panorama de urbanidad que los movimientos populares –usando inteligencia, sacrificio y benevolencia– habían edificado a lo largo de un siglo y medio, no queda sino la imagen de un desolado desastre casi total. Llama la atención la agobiante ausencia, entre esas tierras, de los nuevos líderes políticos e intelectuales de lo que queda de aquellos movimientos populares: ya sea porque con escrupuloso método –hecho de violencia, chantaje y tentación– han sido expulsados; ya sea porque, en otros casos, ellos mismos, inopinadamente, se han autoexiliado. Una de las consecuencias en cierta medida paradójica de esas circunstancias, notada por los autores es que, en los últimos lustros a hurgar con más frecuencia y provecho entre las ruinas del edificio teórico de Karl Marx, hayan sido especialmente aquellas figuras que el Moro de Tréveris apostrofaba como los “sicofantes” de la clase burguesa dominante. Estos, de hecho, se mueven impulsados por el interés y la necesidad de reconocer las causas *radicales* de las dinámicas globales, y de elaborar, consecuentemente, soluciones –que a veces llegan a parecer hasta *revolucionarias* para los ojos ingenuos– que resulten ser las más eficaces para la conservación del *status quo* esencial de las jerarquías sociales, económicas e internacionales.

Sin embargo, el viaje que nuestros autores cumplen no resulta vano para nada, ya que de sus actividades de exploración sacan un resultado positivo: haber reconocido, y querer rescatar, para su buena aplicación a nuestro esfuerzo de interpretación de la actualidad, una clave típicamente marxista de lectura y comprensión de la evolución de la estructura social dentro del capital. Ese portentoso instrumento de revitalización teórica y heurística por ellos optimistamente individuado es la *ley que gobierna el movimiento tendencial* hacia el *continuo aumento de la tasa de centralización del control del mismo capital*, cada vez en menos y más gruesas manos. Para entender y evaluar adecuadamente el núcleo del mensaje científico y político desarrollado en *La guerra capitalista*, así como el rol medular que en ello cobra esa ley, creemos necesario insertar su consideración dentro del marco teórico más general que aquí abajo dibujamos.

## **La lucha de clase interna a la lucha de clase**

Según el enfoque materialista, el movimiento y las curvaturas que la historia humana de vez en vez vive y por las cuales pasa, en el espacio y en el tiempo, son forjadas por los golpes que los grupos sociales recíprocamente se dan y reciben, dentro de aquella dialéctica que la ancha galaxia de los socialismos ha denominado en los términos científicos y políticos de la *lucha de clase*. La experiencia colectiva e histórica sugiere cómo ésta no vaya pensada –como, sin embargo, una superficial, optimista y sobre todo equivocada corriente revolucionaria ha hecho y propagandeado– simplemente en forma de la lucha a través de la cual el proletariado organizado, solicitando las estrategias de subsunción y explotación protagonizadas por la burguesía, efectivamente contribuye a promover el desarrollo de las relaciones sociales de producción y, por esa vía, el progreso humano *tout court*. Y ni siquiera solamente añadiendo a ese aspecto el complemento de la consideración de aquellas fases cruciales de la historia en las cuales la lucha de clase se desenvuelve exactamente al revés,

en la forma de las “contrarrevoluciones” animadas del rico en contra del pobre, utilizando la dotación de dispositivos y disposiciones que, para quien sufre sus efectos, resultan máximamente eficaces porque momentáneamente son imposibles de limitar o de detener –como ha ocurrido en la época de las *enclosures* (cfr. Marx, 1867; Polanyi, 1944), o en aquella, mucho más próxima a nosotros, correspondiente a las fases de ascenso y afirmación del neoliberalismo. Frente a eso, los autores del libro, meritoriamente, nos recuerdan cómo en ciertas temporadas de la historia, se vuelve determinante una tercera forma capitalista de la conflictividad social: aquella que se enciende sobre todo en las fases en las cuales las otras y anteriores dos dinámicas de la lucha *entre* las clases, agotan máximamente sus posibilidades contingentes de desenvolvimiento dentro de la estructura sistémica dada. Esa tercera forma de conflicto se manifiesta en los episodios de una lucha más que nada *interna* a una clase, la burguesía, desencadenada por la configuración de netas facciones de posición, condición e interés entre las cuales, de repente, la competición para el provecho fracciona y reparte los dueños de los diferentes medios de producción y de pago a través del cual el sistema económico-financiero funciona. Si bien sea parcialmente tangencial a nuestro discurso, consideramos muy importante matizar –aun brevemente– aquí el hecho de que esa forma de lucha de clase *inter*-burguesa suele encontrar y reproducir su esencial y eficaz complemento en los diferentes modos del conflicto horizontal que paralelamente se va difundiendo entre las capas populares de la sociedad. Eso es el efecto de una dinámica de proyección y de ensanchamiento de los términos de aquella originaria disputa que toda crisis enciende entre los proyectos de reforma del sistema político-económico, elaborados en conformidad con los particulares intereses y posiciones madurados dentro de la cadena productiva y redistributiva del provecho, y del complejo proceso de innovación concebido à la Schumpeter, por parte de los sectores más avanzados y más atrasados de las burguesías. Esa dinámica, motivada por obvias razones de instrumentalidad política, representa el motor que transfigura aquella disputa *inter*-burguesa, enraizada en un terreno muy *material*, en una verdadera *lucha hegemónica* –auténticamente cultural, política y “civil”– que fomenta la formación y la transformación de más o menos profundas visiones del mundo. El grado de radicalidad de la crisis, es decir de la amplitud de la originaria fractura interna a la clase burguesa que la ocasiona y agrava, hace que en ciertas circunstancias –como las que Occidente y el mundo están viviendo en la actual fase– esa lucha pueda adquirir las características tan cruentas propias de aquellos modos degenerados de la *polemos* que el pensamiento de la antigua Grecia reconducía a la categoría de la *stasis* (cfr. Agamben, 2015), que equivale a lo que los modernos han llamado *guerra civil* (muy significativamente, el título y el objeto de la última película de Alex Garland –cuyo tono es distópico, si bien su evidente fuente de inspiración sea la realidad política estadounidense, son exactamente *Civil war*).

En definitiva, esta específica forma de la lucha de clase representa como aquella minúscula, confinada y aparentemente desdeñable quiebra que se presente en una sola columna, y de la cual empiecen a abrirse, multiplicándose, numerosas líneas de ruptura y de desahogo de la fuerza de tensión principal, hasta llegar a socavar la estabilidad y la integridad de la entera estructura. Ahora bien: similmente, cuando –sobrepasados ciertos límites– la conflictividad *inter*-burguesa se exaspera, llega a alimentarse mecánicamente una gigantesca secuela de eventos potencialmente destructivos dentro del sistema. Tal especial impulso a la competencia económica es capaz de generar una sobrecarga de energía de tracción y de amplitud, que tiende a estallar y a desatarse no solamente adentro, sino también afuera de los perímetros de los Estados y de sus bloques macrorregionales. Desarrollándose, esa dinámica hace que la competencia económica, antes o después, cumpla ella misma

un salto de calidad que la lleva a transfigurarse y a adquirir las formas aún más violentas especialmente típicas de las contiendas entre los mismos Estados. Es dentro de este marco, que Brancaccio, Giammetti y Lucarelli identifican una precisa forma *capitalista* de la guerra –que, exactamente denominan “guerra capitalista”, y que es concepto calificado tan relevante y central, dentro de su razonamiento, como para conferir el título al libro. La lucha *entre los capitales* –combatida por el medio subjetivo de sus detentores– desata tanta fuerza como para volverse *guerra capitalista* y que tiende a sacudir el sistema *tout court*. De hecho, su ancho espectro de manifestación principia de la “regular” competencia entre las empresas, que se desenvuelve dentro de los marcos institucionales de mercado, definidos nacional e internacionalmente, pasa por la producción y la acumulación de condiciones de desarrollo desiguales y, por ende, de posiciones cada vez más desequilibradas entre los diferentes actores que operan dentro de ese esquema; desemboca en dinámicas de “reducción” de esos desequilibrios, funcionales a la “racionalización” del entero sistema, a través de mecanismos de absorción y eliminación de aquellos sujetos y soluciones relativamente más frágiles presentes dentro del cuadro de la contienda general; para luego degenerar, finalmente, en manifestaciones extraordinarias y siniestras, antes de farsa y luego de tragedia. En particular, la farsa consiste en la invocación, por parte de capas consistentes de la clase burguesa, de la protección del Estado frente a las dinámicas del mercado en cuanto estas se revelen desventajosas; esas capas son las que percibe el lado oscuro del mercado, es decir su función en cuanto operador de un mecanismo de selección “natural” de las empresas. Mientras que la tragedia consiste en la típica forma de organización y proyecto que las más fuertes de aquellas capas burguesas politizadas dentro de la polarización entre los grupos más atrasados y perdedores, y los grupos más avanzados y ganadores, consiguen ensamblar alrededor de, e instrumentalizando, los sentimientos colectivos de inquietud, frustración, inestabilidad, odio y una imprecisada perspectiva de revancha, involucrando también vastos sectores populares y la gran masa de los que Hannah Arendt (1951) ha llamado *la clase de los desclasados*: la resultante formación de concentraciones imperialistas estatal-capitalistas, y eventualmente, del desencadenamiento de episodios y de tramas de una verdadera “guerra” entre estas mismas. Es así que el proceso de reestructuración y progresiva concentración de los medios y de las relaciones económicas y de poder en los cuales se articula el sistema, conlleva e implica que se haga cada vez más frecuente e importante el uso más o menos directo de la fuerza en la definición de las controversias, y por ende la tarea jugada en ello por parte de las instituciones militares.

## **La centralización: ley de movimiento tendencial**

Exactamente en el centro de ese mortal artilugio, en la posición de su motor inmóvil, se coloca la ley tendencial hacia la centralización del control del capital en cada vez menos y más fuertes y capaces manos, ya individuada por Marx. Esa ley, cuya naturaleza es primeramente económica, sin embargo –como acabamos de mencionar– reproduce y refleja sus importantes implicaciones también sobre la estructura de organización, control y gestión del poder político que se expresa internamente a las sociedades, así como en sus recíprocas relaciones, hasta orientar más y más el mundo hacia una perspectiva de catástrofe. A este respecto, algunos de los análisis contenidos en *La guerra capitalista* contribuyen de manera significativa a los argumentos que en los últimos lustros se han dedicado a estudiar y definir el fenómeno de la degeneración *post-democrática* de las constituciones materiales

de las sociedades occidentales (cfr., entre otros, Crouch, 2005 y 2020). Particularmente interesante –y ciertamente merecedor de un estudio monográfico completo, que abarque el tema extensivamente en clave de comparación internacional– es el capítulo titulado “Centralizzazione e banche centrali” en el cual la atención es focalizada sobre la función de poder crucial adquirida, dentro del actual sistema capitalista occidental, por el banquero central en la gestión de los niveles de solvencia de los diferentes perfiles de inversionistas y de deudores. A esa figura apical, nuestros autores atribuyen una decisiva potestad y relativa responsabilidad, la cual se manifiesta sobre todo a través del ejercicio de la facultad de fijar las tasas de interés: su efecto es la regulación de la velocidad con la cual los mayores detentores de capital financiero ascienden hacia posiciones sistémicas dominantes cada vez más altas y céntricas, consiguiendo absorber y concentrar la capacidad de valorización de aquellos capitales que se habían endeudado durante las fases de precio del dinero bajo, y que, en cambio, el sucesivo aumento de las tasas de descuento, y por ende de los intereses por pagar, haya echado a la desdicha. En definitiva, el banquero central tiene facultad de dictar ritmo e intensidad de avance del mismo proceso de centralización.

La tarea de averiguación y ponderación empírica de la efectiva validez y consistencia de la ley de movimiento tendencial hacia la centralización capitalista, es llevada a cabo –en el libro del cual, en esa parte del ensayo, estamos haciendo el análisis crítico– utilizando avanzadas técnicas econométricas y recolectando y organizando un *corpus* de datos extraordinario y decisivo para la conciencia científica de nuestro tiempo<sup>1</sup>. A través de ese valioso trabajo de investigación, de hecho –entre otras cosas–, puede evidenciarse que: el ochenta por ciento del capital accionario global sea establemente controlado por una cuota inferior al 2% de los dueños de acciones; esa última proporción, sobre todo alrededor de los años de la crisis de los *sub-prime*, haya caído bruscamente hasta por debajo del 1,2% de los accionistas globales; con referencia al año 2019, de los principales quince países por nivel de centralización de capital (concebida –repetimos– como la tasa de control concentrado de la red accionaria), los primeros cuatro pertenecían a la anglo-esfera (Reino Unido, Australia, Estados Unidos de América, Canadá), generalmente con valores cercanos al 0,3% (con la excepción del increíble caso británico: 0,07), mientras que, en promedio, la macrorregión del Euro se colocaba tendencialmente un poco por debajo del valor del 2%; finalmente, dentro de aquella misma clasificación de los quince países arriba considerados, Rusia y China se coloquen sólo último (9,46%) y penúltimo (4,96%) respectivamente, con referencia a su nivel de concentración del control de los capitales registrado más recientemente (2019).

Un primer comentario acerca de este cuadro general debe, antes que nada, notar como ese instrumento de medición del nivel global de concentración social del poder político-económico (o, mejor dicho, económico-político), evidencie un dato que la obsesiva propaganda occidentalista, con su vocabulario deformante, se encarga cotidianamente de esconder: es decir, el carácter extremadamente más oligárquico e inicuo de la estructura y de la organización del capitalismo occidental y, especialmente, anglosajón, en comparación con las así llamadas “autocracias orientales”.

Ahora bien: deteniéndonos un poco sobre un aspecto epistemológico y metodológico de la reflexión crítica que consideramos necesario mover alrededor del uso y de la interpretación de esos datos, diremos lo siguiente. Las importantes diferencias –cuantitativas y cualita-

---

<sup>1</sup> El índice utilizado por los autores para la medición de la centralización del capital es denominado *net control*, y señala el porcentaje de sujetos que poseen paquetes de control (al menos el 5%) del 80% de las acciones de empresas operantes en cada País considerado y cotizadas en bolsa.

tivas, geográficas y temporales– con las cuales el movimiento de centralización se manifiesta a través de las complejas y heterogéneas estructuras sociales, económicas, políticas y culturales del sistema mundo, y que parcialmente esos datos expresan, debería activar una adecuada reflexión sobre su naturaleza e historia. De hecho, aunque los análisis de los autores acentúen la función niveladora que, globalmente, el proceso capitalista efectivamente realiza también con referencia a la dinámica centralizadora; sin embargo, creemos sea necesario contrabalancear esa fácil consideración con esa advertencia: todo movimiento de homogeneización ocurre concretamente sólo dentro de ciertos ámbitos y límites, dejando intactos, en cambio, o hasta fortaleciendo en ciertos casos, los irreductibles elementos constitutivos de los diferenciales políticos, geopolíticos, culturales e inclusive emotivos que, en cada contingencia y circunstancia particular, afectan los procesos históricos de forma determinante. Esas piedras angulares, de naturaleza extraeconómica, ciertamente no radican en ninguna forma inmutable y exclusiva de naturaleza y esencia; ya que siempre consisten de elementos plásticos, dinámicos, ambivalentes y objeto de una continua disputa histórica; pero –quizás sea exactamente por esa razón– los diferenciales que de su recíproco juego siempre derivan, desempeñan un rol muy potente en la definición del presente y en el desenvolvimiento de la historia, que no debería nunca ser minusvalorado.

Centrémonos ahora sobre un tercer comentario que consideramos preciso, en referencia al que se hace de esos datos, y al riesgo de falacia en que, más en general, corre todo enfoque cuantitativo que no sea integrado con –y balanceado por– una adecuada consideración de elementos de tipo cualitativo. Por ejemplo, sugerimos que sería necesario enmarcar la interpretación de aquellas cifras dentro de una doble operación que, por un lado, completamente la atención analítica para la dimensión meramente geográfica propia del proceso de centralización, con su significación desde el punto de vista histórico; y que, por el otro, empuje el fulcro epistemológico del razonamiento que hay que llevar adelante, fuera de la esfera de la “autonomía” de la economía sobre la estructura social, reconociendo el justo relieve que, dialécticamente, en cambio, lo político, al lado de lo económico, por lo regular siempre juega, hasta volviéndose campo de fuerza superior y ordenante, inclusive, en determinadas circunstancias.

Notaremos entonces cómo la tasa de centralización del control de la red accionaria referible a la República Popular China, cae de un valor cercano al 13% a otro –como ya hemos visto– más comparable con el de los Estados Unidos (que, siendo el País–perno del sistema, expresa el valor que debe funcionar como punto decisivo de orientación) sólo en proximidad del ingreso de China en la Organización Mundial de Comercio en 2001 y a raíz de ese evento. Durante el arco temporal incluido entre los años 2000 y 2021, los índices de *net control* de China y Estados Unidos aumentaron respectivamente el 440% y el 58%. Eso significa que sus respectivos procesos de centralización deban ser considerados de forma profundamente diferente en la medida en que en uno de los dos contextos, la dinámica en cuestión y la vía organizativa de la estructura capitalista y de sociedad que esa implica, ha madurado de forma originaria y endógena; es más, a partir de ese mismo contexto de partida, esta ha sido forzosamente inducida o impuesta también en el extranjero, como resultado indirecto en su calidad de modelo de referencia, y como producto directo de las reglamentaciones imperantes; mientras que, en el otro caso, precisamente, se trata de un efecto de adaptación o de adopción de tipo secundario, condicionado y reflejado.

Además de eso, de la comparación entre los dos casos de centralización del grado de control de los capitales occidentales y orientales, y anglosajones y chinos en particular, debería

emerger y evidenciarse la naturaleza profundamente diferente –sugerimos– de los “capitales” aquí en cuestión. Eso, en razón de la radical disimilitud que caracteriza los dos sistemas sociopolíticos a los que hacemos referencia: de hecho, muy heterogéneas son las formas y las sustancias, concretas e ideales, en las cuales los “capitales”, en las dos tipologías de países y de constituciones formales y materiales, se realizan, se acumulan y se usan. Asimismo, nos parecen muy diferentes los puntos de equilibrio –para así llamarlos– en los cuales se combinan, en los dos sistemas, las funciones político–estratégicas que orientan la gestión de esos capitales, y las funciones especulativas; y los roles de primacía que en ellos respectivamente cobran los actores de la alta finanza privatista, característica del modelo anglosajón y estadounidense, y los funcionarios de los comités de partido y de las instituciones estatales, formales y más o menos lejanos intérpretes de la específica concepción de la soberanía, pública y popular, propia de la constitución material china (Sivini, 2022).

También, si comparamos los dos procesos de centralización, resultan diferidos en el tiempo debido a factores que tienen que ver mayormente con la estructura, las funciones, el orden de las cuestiones propias de las relaciones de poder que se desarrollan con referencia primaria a las cuestiones internacionales, mas no con las relaciones de cambio y con los criterios propios de la esfera de la economía, que se vuelven coeficientes casi meramente instrumentales para las acciones orientadas por los sujetos guiados por el paradigma de la geopolítica. Al respecto, la lectura de los datos operada dentro de la historia de las relaciones de poder, nos induce a comprender el averiguarse de aquella convergencia en las tasas de centralización del control de los capitales, sobre todo como resultado de una trayectoria deliberadamente decidida por las cúspides políticas de la República popular, más bien que como el improbable efecto y síntoma de un proceso realizado de “normalización” (es decir, occidentalización) de su compleja arquitectura económica. Si bien es cierto que eso ha representado, obviamente –como ya hemos subrayado–, el fruto de determinaciones tomadas adhiriendo, y en parte subyaciendo, a condiciones y a modelos impuestos por la estructura, por el contexto y por efecto de la voluntad de sus actores decisivos y dominantes. Eso no implica que deba ser descrito como una transformación vivida sólo pasivamente, o simplemente secundada por mero reflejo mimético. En cambio, aquí hipotetizamos que el fin intencional de ese acto de condicionada emulación debería ser buscado en el objetivo de equipar estratégicamente condiciones de empuje y de desempeño competitivo para la República popular, adecuadas, congruentes y conformes en relación con las circunstancias dadas, y con su rol objetivamente subordinado dentro de su juego y de sus reglas dictadas por los centros decisionales que gravitan alrededor de los intereses de Washington DC.

Hay que subrayar cómo, en esta fase, si queremos afrontar el reto urgente de comprensión, de evaluación y de transformación en un sentido pacífico e igualitario de la condición global, es absolutamente crucial reconocer, lo más pronto posible, y luego deshacer o romper ese nudo geopolítico que estrangula el mundo determinado por las tensiones opuestas creadas: por un lado, por la exacerbada voluntad de dominación occidental; y por el otro, por las nuevas capacidades, técnicas y políticas, de mantener partes crecientes del valor producido globalmente, desarrolladas por los pueblos del sur y del este del mundo sobre todo a partir de los años Setenta, aprovechando la alianza que las burguesías occidentales, entonces, habían explícita o implícitamente pactado con ellos, en función contrarrevolucionaria y de reacción a las conquistas socioeconómicas y político–culturales obtenidas por las clases trabajadoras de Estados Unidos y Europa. Para leer correctamente esa tensión, hay que pensar afuera de la mera lógica de la abstracción numeraria que enjaula nuestras

visiones y acciones, y –más en general aun– hay que admitir la necesidad de afrontar, desde el punto de vista teórico y práctico, el más complicado enredo dentro del cual queda embrollada la definición de la gama de relaciones posibles y por construir en el espacio y en el tiempo, entre economía y política, empezando por el esfuerzo de reconocimiento de la heterogeneidad actualmente subsistente.

A ese respecto, consideramos arriesgado el tipo de conexión establecida entre economía y política propuesta en la articulación de los argumentos que convergen hacia la tesis de *la guerra capitalista* que aquí cuestionamos. Su razonamiento, de hecho, parece seguir el movimiento imprudente de un doble salto mortal, frente a la lúcida y destacada ponderación de los elementos que animan la actualidad y su interesada comunicación, de la cual necesita un pensamiento efectivamente radical. Los eslabones de la cadena lógico-secuencial dibujada por ellos inspirándose en el pensamiento marxiano, y sobre la cual acaban aplastando todo el esfuerzo de comprensión del proceso de polarización en acto de las efectivas relaciones internacionales, son los siguientes: el régimen de intercambio genera competencia / la competencia produce la sedimentación de posiciones de desequilibrio / los desequilibrios activan apetitos y dinámicas de centralización económica / esas dinámicas de repente impactan contra los obstáculos políticos levantados por aquellos sujetos a los que el proceso de centralización impone una postura defensiva / la frustración de aquellos apetitos desencadena mecanismos de rebote que otorgan una connotación marcadamente política a las fuerzas ofensivas y defensivas que se estructuran alrededor del fenómeno de la centralización económica / esas fuerzas arman, literalmente, soluciones militares a los problemas de la tutela o del ataque hacia aquellos obstáculos políticos a la centralización, desembocando, por ende, en la formación de imperialismos contrapuestos / éstos, a su vez, empiezan a alimentarse mutuamente, tanto como para determinar un clima de propensión compartida de los actores hacia la guerra, y que en un estado de guerra efectivamente tiende a degenerar.

Como veremos más detenidamente más adelante, el resultado bastante paradójico procedente de la aplicación de ese esquema lógico-teórico al esfuerzo de comprensión del sentido de la fase actual de nuestro sistema mundial –caracterizada por rupturas profundísimas y por transiciones continentales– se resuelve en lo que consideramos dos fatales injusticias político-cognitivas. En primer lugar, en la calificación distorsionante de “imperialismo” –considerado como homólogo, simétrico y equivalente al sistema de originarias prácticas agresivas que lo solicita– a las concretas manifestaciones de resistencia, de defensa o de contrapoder (innegablemente muy problemáticas) opuestas por parte de los grupos dirigentes “representativos” de las poblaciones del sur y del este del mundo, para adversar el ejercicio sistemático y continuado del imperialismo euroatlántico. Efectivamente, el actual panorama internacional presenta una increíble variedad y ejemplificación de formas de lucha que tratan de contrastar el sistema occidental de poder y de explotación global: ellas cubren todo el espectro ideal que va desde la organización de ilustradas y progresivas “resistencias”, hasta las más regresivas e inciviles “reacciones” (muchas veces perversa e instrumentalmente fomentadas por parte de las mismas fuerzas agresivas occidentales que las escogen como enemigas, para justificar y legitimar sus propias agresiones). Además, hay que decir que esas concretas formas de lucha raramente se presentan con rasgos atribuibles unívocamente a uno solo de esos dos polos; mientras que, por lo general, suelen manifestarse como “impuras” y con características que resultan ambivalentes y entremezcladas.

En segundo lugar, el otro “error” de perspectiva –quizás aún más fatal– producido por la aplicación empírica de aquel esquema lógico-teórico a nuestra actualidad, consiste en la

transfiguración del efectivo sentido político propio del dato relativo a las posiciones de crédito y deuda internacional, maduradas por algunos significativos países del mundo, y expresadas en dólares estadounidenses. De hecho, la situación financiera actual –referida, en particular, al año 2021, y definida con relación a las posiciones netas hacia el extranjero– ve una condición de marcada polarización entre los principales países respectivamente en activo (China, Japón, Alemania, Canadá, Arabia Saudita, Rusia) y en pasivo (Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Australia, México, Brasil). Estos dos frentes encabezados por el *gran productor*, que es China (más de 4 mil billones de dólares a precios corrientes), y por el *grandísimo gastador*, que es Estados Unidos (¡casi 20 mil billones de dólares de pasividad!), son articulados alrededor de criterios cuyas connotaciones geopolíticas resultan evidentes: ellos parecen reflejar no solamente los resultados de los últimos conflictos mundiales, sino también las trágicas bases de ignición y desarrollo de las próximas guerras que vendrán o que quizás han empezado ya. Ahora bien: esas posiciones deberían ser reconocidas como el efecto de implementación y sedimentación del infido sistema de saqueo y de acumulación perpetrado por parte de las “civilizaciones” del Norte y de Occidente, en perjuicio de los pueblos del Sur y de Oriente. La desproporción entre esas cifras activas y pasivas –es decir: entre quienes en el mundo consumen mucho menos de lo que producen, y quienes, viceversa, consumen muchísimo más de lo que producen– debería considerarse, además, como el indicador del insostenible e injusto grado de concentración alcanzado a lo largo de las últimas décadas –a su vez punto cumbre de largos siglos de insistente expropiación– por parte de los vértices del sistema de poder occidental sobre todo el resto del mundo.

En cambio, los autores de *La guerra capitalista* caen en la falacia economicista de pensar el capital en términos formales y abstractos, y como si fuera un sujeto casi por completo automático, que –cualesquiera que sean las manos en las que se halle concentrado– determinaría y pondría en acto siempre la misma cadena mecánica, induciendo las conductas de sus subjetivos portadores e intérpretes según esquemas invariables. La implicación práctica de ese implícito axioma teórico es doble: por un lado, la complejidad propia del proceso y de las circunstancias que generan la sedimentación de posiciones activas y pasivas, de “exceso” de producción y de consumo, sería simplificable en los términos reductivos de una relación entre Estados detentores de créditos, y Estados deudores; por el otro, que a esas dos polaridades correspondan inflexiblemente la cadena de eventos determinada por la combinación de dos actitudes agresivas, hostiles y violentas, sustancialmente asimilables y equipolentes. Una impulsada por parte de los acreedores, al mismo tiempo fuertes de sus mayores disponibilidades productivas y financieras, pero también vulnerables e inseguros frente a las amenazas de no ser reembolsados y de que se les interrumpan las salidas a los principales mercados de las inversiones y de la compraventa; y la otra inducida en los sujetos endeudados por la oportunidad de reaccionar de forma defensiva, proteccionista y hasta irrespetuosa del sistema de reglas (por ellos mismos) establecidas, a la hemorragia de riqueza, a la pérdida de la titularidad y del control sobre los principales sectores y empresas, a la dinámica de destrucción de posiciones de poder.

En las páginas que siguen trataremos de argumentar el juicio de peligrosa falacia que atribuimos a la pretensión de la cual consiste la tesis del libro aquí en cuestión. Es decir, la de concentrar casi todo el esfuerzo de comprensión de la extremadamente compleja coyuntura internacional que, cada día más furiosamente, amenaza con sacudir nuestras vidas, sobre la teoría y los datos procedentes de una “ley” de lectura de las dinámicas sociales, económicas y políticas, concebida – encima– en circunstancias estructurales e históricas del capitalismo

y del mundo profundamente diferentes en comparación con las características de heterogeneidad y globalidad propias del sistema actual. En particular, detendremos la atención sobre las objeciones analíticas que movemos en contra del resultado “político” –que consideramos en buena medida involuntario, y ciertamente equivocado– de esa operación. De hecho, por mucho que Brancaccio afirme que su análisis «no muestra indulgencia para ninguna de las imágenes propagandísticas propugnadas por las facciones que contienden en el campo mediático de la guerra» (2024: 17), el intento orientado al rescate y a la aplicación a la realidad contemporánea de la marxiana ley de explicación del movimiento *tendencial* de la estructura propietaria de los capitales, desemboca evidente y paradójicamente en el fortalecimiento de las inclinaciones forzosamente impresas en el imaginario colectivo por las cumbres de la estructura de poder occidental, que tiene naturaleza y ánimo claramente *tendenciosos* a la hora de describir las intenciones y el sentido de las actuaciones de los actores del resto del mundo.

Es crucial hacer emerger, afrontar directamente y deshacer ese nudo perjudicial para evitar que una enésima corriente argumentativa –en este caso para-marxista y aparentemente fundada sobre la observación científica– alimente la alucinación absolutamente falsa e instrumental según la cual los peligros que corren las clases populares de Occidente y del mundo vienen de afuera, precisamente de Oriente, y que es urgente organizarse y contratacar: es decir, la reedición del antiguo dicho de las elites guerreras romanas según el cual *si vis pacem para bellum (si quieres la paz, prepárate para la guerra)*. Si lo vemos bien, de hecho, la acentuación y la inoculación, cada día más fuerte, de esos rasgos *tendenciosos* del imaginario colectivo –a través de sistemáticas campañas de propaganda, alimentadas por parte de las clases dominantes euroatlánticas–, constituyen ya en sí momentos y episodios de *la guerra sistémica* actual. Aquella guerra que *un frente muy específico del capitalismo occidental* está conduciendo en contra de todo sujeto interno o externo, que tenga la intención y/o sea capaz de obstaculizar su predominio mundial; que es la continuación reformada y tristemente perfeccionada del antiguo *modo de producción bélico* (Carfora, 2023) que había sido ya primeramente griego, y luego y sobre todo, romano; y que es nuestro mínimo y preciso deber histórico común, entender, combatir y anular. La conformación de ese particular sentido de la historia corresponde, con toda evidencia, a la sustentación de lo que Sun Tzu, en su *Arte de la guerra*, llamaba el *dao* fundamental en la preparación y conducción de cada conflicto militar: es decir, de aquel principio de “enrutamiento” que sirve al ejercicio del gobierno para hacer que el pueblo y todas sus facciones –jaladas hacia el mismo objetivo, por diferentes motivaciones (altas y bajas, racionales e irracionales, de centro, de derechas y de izquierdas)–, abracen las intenciones de sus élites y superiores, inclusive frente a los momentos en los que se decide entre la vida y la muerte, llegando a despreciar todo mal y peligro.

## **Los dos bloques “imperialistas”: movimiento de lectura tendenciosa**

Todos los análisis y argumentos de los cuales consiste *La guerra capitalista*, a lo largo de sus páginas, acaban convergiendo hacia la punta envenenada de la lanza que es su tesis fundamental. Es decir que: el clima de guerra mundial, creciente y en acción, sería decisivamente determinado por la agresividad de las potencias orientales, específicamente producida como inmediato efecto de la ley de movimiento tendencial hacia la centralización del capital. En particular, a saber: el desarrollo del régimen de competencia mundializada, llamada globalización –que se ha afirmado volando sobre las alas dulces y violentas del neoliberalismo–,

ha engendrado y progresivamente sedimentado profundos desequilibrios entre las macroregiones, de naturaleza productiva, comercial y financiera. A lo largo de los últimos lustros especialmente, estos desequilibrios se han incrustado tanto, hasta convertirse en decisivas y bruscas líneas de fractura, alrededor de las cuales se han ido articulando coaliciones, fuerzas y proyectos de reestructuración del sistema internacional, muy divergentes y contendidos, los cuales ya demandan y empujan un masivo proceso de radical reequilibrio de las condiciones mundiales, no solamente desde el punto de vista económico, sino también, inclusive, político y militar. Ahora bien: según Brancaccio, Giammetti y Lucarelli, dentro de este cuadro, los polos esenciales de la confrontación son: por un lado, «el viejo bloque imperialista definible como el “de los endeudados”, bajo la guía estadounidense y anglosajona»; y por el otro, «un emergente bloque imperialista “de los acreedores”, bajo la guía china, y que involucra a los rusos y a otros países asiáticos» (Brancaccio et al., 2022: 11). El primer bloque reacciona al fortalecimiento económico, político, tecnológico y demográfico de los nuevos sujetos ascendentes –que, por cierto, desarrollándose han reconfigurado profundamente los equilibrios globales generales–, tratando de seguir actuando conforme a la tradicional actitud de arrogancia, orientada a la imposición unilateral de las reglas internacionales, de acuerdo únicamente con la propia exclusiva conveniencia. De hecho, las élites de Occidente ahora revocan el principio del libre intercambio global –propugnado e impuesto a lo largo de las últimas décadas, incluso a través del uso de la fuerza, y recurriendo sistemáticamente a arsenales de todo tipo, materiales e inmateriales– y, otra vez unilateralmente, y en aras de sus propios exclusivos intereses, imponen decisiones de clausura proteccionistas, bajo la estrategia político-económica emblemáticamente denominada del *friend-shoring*. Ésta declina el proteccionismo en la forma no solamente de aranceles y barreras convencionales a las importaciones, sino también de sanciones aplicadas en contra de los países productores “enemigos”, que son los que substancialmente no solamente reivindicarían condiciones de intercambio global más equitativas, sino que también, y muy concretamente, ya reequilibran la repartición de las cuotas del valor entre las macrorregiones del mundo. (Esta tendencia ya había sido notada por Giovanni Arrighi, 1999 y 2007). Tal estrategia occidental, que podríamos definir de *defensa ofensiva*, rompe decididamente con el terreno sobre el cual la última oleada de la dinámica de la centralización se había desplegado. De hecho, por un lado quiebra y revoca la perspectiva de tendencial globalidad dentro de la cual había sido encauzado el régimen de los intercambios internacionales; y por el otro, además, subordina el criterio de la “mera” utilidad (que, sin embargo –fuera de toda ingenuidad economicista– siempre presupone, claramente, un proceso positivo de construcción de su definición), a la afirmación de un principio marcadamente exógeno para el sistema de mercado: la división de los actores interlocutores entre *amigos* y *enemigos*. Ahora bien: siendo ese criterio de distinción entre los actores, el perno cardenal sobre el cual rodea la definición misma de la esfera de lo político –por lo menos si seguimos la célebre definición dada de ello por Carl Schmitt (1927)–, la circunstancia determinada por su aplicación a interacciones de naturaleza típicamente económica, no puede resultarnos simplemente impropia, externa y extraña. Esa, más bien, se configura –en nuestra opinión– como el síntoma revelador de una condición estructural aún más relevante, definida por una *relación de dependencia y de funcionalidad de lo económico a lo político*, madurada en esa fase crucial de las transformaciones sistémicas. De hecho, es sobre ese especial *nomos* que las elites occidentales han decidido orientar la dinámica más general en acto de reestructuración de las filieras de producción y provisión animadas y dominadas por sus propias empresas (fenómeno del *re-shoring*), y así el consiguiente impacto sobre la estructura de la

división internacional del trabajo. Ese nuevo cambio estratégico, decidido inopinadamente por el bloque de los “grandes deudores”, es leída, por parte de nuestros autores, simplemente como el reflejo de una actitud básicamente defensiva, en la medida en que «impide a los acreedores orientales exportar y centralizar el capital, y los induce a una sorprendente reacción militar en un mundo que concebíamos como dominado exclusivamente por la violencia del imperialismo solamente occidental». En particular, *La guerra capitalista*, aún más explícitamente, interpreta el así denominado «giro imperialista de los acreedores rusos –que por cierto no goza de las simpatías de los acreedores chinos–» (Brancaccio et al., 2022: 154), como la señal de apertura de una nueva fase caracterizada por la paulatina escalada de la violencia bélica, cuya responsabilidad, dentro de esta reconstrucción lógica, caería casi enteramente sobre los representantes de los pueblos “orientales”, reos, evidentemente, de no querer permanecer en su rol de sumisos sujetos pasivos frente al ejercicio ajeno y continuado de violencia sistémica. Clamorosamente, los autores imputan al entero bloque de los países que ellos califican reductivamente con referencia a su (en realidad, parcial y ambivalente) estatus de acreedores, la principal responsabilidad del desencadenamiento y de la elevación de la conflictividad internacional sobre un nuevo plan de desarrollo abiertamente militar. Por su actitud simplistamente calificada como movida por el mero afán de acaparamiento de capitales occidentales en función de centralización, que provocaría la reacción proteccionista de estos; y por la presunta ulterior «decisión de responder al proteccionismo de los deudores con una desembragada agresión militar que desafía el feroz monopolio de la guerra imperialista largamente poseído por los Estados Unidos y sus aliados occidentales (ídem: 11-12).

Esa muy parcial y francamente injusta reconstrucción de la etiopatogenia de nuestro mal histórico –que es el retorno a un intensivo rol sistémico de la guerra a nivel mundial– es reafirmada en esos términos que son geográficamente connotados –pero según argumentos heurística y políticamente muy controvertidos–, también en otro paso emblemático del libro. El siguiente: «exactamente de esas dificultades de exportación de los capitales [hacia Occidente] nace la tentación de los grandes acreedores orientales de crear nuevos desemboques a sus flujos financieros a través de la fuerza, por medio de intervenciones militares. Surgen los primeros indicios de un imperialismo emergente por parte de los acreedores orientales, animados también por los límites de expansión del imperialismo militar del gran deudor estadounidense. Nos encontramos, así, frente a dos formas, una relacionada con la otra, de aquella que podemos definir una nueva fase de “centralización imperialista” del capital» (ídem: 154).

A ese propósito –parafraseando una famosa máxima del siglo XIX– diremos que esa tesis, para nosotros, es algo peor que un error científico: ¡es una tajante injusticia histórica y política! Primero, porque esa parte de la argumentación es esencialmente fundada –como las citas muestran y enfatizan– nada más que sobre un *proceso de intenciones*, encima no manifiestas, sino *adivinadas*. O peor aún, un proceso de meras *tentaciones tendenciales*: las de abrir brechas comerciales a través de la fuerza; tentaciones que, por supuesto, serían reconocibles ya desde los «primeros indicios» de su presunta manifestación –que son, francamente, enormemente imaginados. Al revés, de hecho, las evidencias que nos proporciona repetidamente la actualidad, muestran cómo el uso de la fuerza por parte de Rusia dentro del complejo contexto de prorrogada guerra civil e internacional en Ucrania, haya sido utilizado por parte de los Estados Unidos como pretexto más bien para realizar al menos cuatro objetivos altamente ventajosos: continuar a imponer el cierre de aquellas brechas

comerciales y de intercambio, fundadas sobre la mutua ventaja, y que ya existían o restaban entre los países de la Europa occidental y el Oriente; substituirse en lugar de Rusia y ante los países orientales como fuente de provisión de bienes tan estratégicos como los energéticos, a pesar de la peor calidad substancial y ecológica, y de los más altos precios, de esas mercaderías sucedáneas, como el gas natural líquido<sup>2</sup>; utilizar la consolidación de una fase y de un contexto de guerra –que, además, amenaza extenderse aún más en el escenario global– como la ocasión para ponderar el nivel de “competitividad” y avance de los diferentes sistemas industriales–militares, y como expediente para hacer de las “necesidades” de seguridad internacional y bélicas el centro de un nuevo ciclo de acumulación y “desarrollo”; y finalmente –pero no menos importante–, a nivel de finanzas globales, para “desactivar” aquellos créditos madurados por los “orientales” como contrapartida de bienes y servicios consumidos y disfrutados por parte de las sociedades occidentales.

En segundo lugar, juzgamos esa tesis muy injusta en la medida en que aplica la misma denigrante etiqueta de “imperialismo” a dos casos que pueden ser considerados como equitativos y simétricos sólo al precio de cometer un grave error histórico y geopolítico. De hecho, una tal indistinción en el empleo de ese término es el fruto de una culpable y peligrosa abstracción de todos los procesos y sucesos que, a lo largo de los últimos milenios, se han fijado en esquemas y estructuras jerárquicas diversas, que encauzan las relaciones que se desenvuelven entre los ejes Oriente y Occidente, y Sur y Norte, así como dentro de las dimensiones más destacadamente *imperiales* (à la Hardt y Negri, 2000) del mundo. El escenario global, de hecho, hoy en día –y quizás como nunca antes–, se encuentra estratificado en territorios centrales y periféricos, funcionalmente aun distinguibles en términos más bien pseudo–coloniales, entre los cuales se dislocan sujetos y actores dominantes y otros encajados en sus duraderas condiciones de subordinados, que actúan activa o pasivamente entre fortalezas que son núcleos de mando y de acumulación de valor, y “fronteras” abiertas a las más salvajes o sofisticadas prácticas de furibundo saqueo y depredación. Dentro de este cuadro, hay que distinguir bien, además, aquellas iniciativas y actuaciones políticas fruto, y procedentes, de culturas violentas y supremacistas –forjadas durante largas tradiciones de perpetración activa y sistemática del latrocinio y del acaparamiento–, de aquellos proyectos estratégicos basados, en cambio, sobre el objetivo de reconstrucción de recorridos colectivos de cooperación, autonomía y rescate, e inspirados por largas experiencias de resistencia y reacción, y por una auténtica expresión de compulsión civil y cultural, que son complementarias con respecto a las primeras.

Asimismo, solamente al precio de una exagerada y engañosa simplificación de ambas cuestiones es posible aplastar y reducir la compleja situación Rusia–Ucrania al plan meramente definido por la cadena de las presuntas “determinaciones” financieras. Representa un acto de pura presunción aquel pensamiento que afirmara la existencia de una relación de unívoca y absoluta coherencia entre una fantasmagórica lógica de acción compartida por el entero bloque de los “acreedores orientales”, y las actuaciones geopolíticas de Rusia. De hecho, y finalmente, acercándonos con honestidad a la intrincada cuestión Rusia–Ucrania, no podemos desconocer del todo la relevancia crucial que en ella cobran las consideraciones y los mecanismos de prevención y seguridad, de naturaleza nacional e internacional, así

---

2 De 2021 a 2023, las importaciones por parte de la UE de GNL de los Estados Unidos se han prácticamente triplicado, llegando a superar los 120 billones de metros cúbicos anuales, haciendo así de ese país su principal proveedor, en la medida en que llega a cubrir una cuota de mercado del gas igual a la mitad. (Cfr. consilium.europa.eu. Fecha de última consultación: 15/06/2024).

como la marcada exigencia de contener la creciente agresividad procedente a lo largo de las últimas décadas de Occidente, y voluntariamente provocadas y exacerbadas, en el País exsoviético, por parte de las estrategias llevadas adelante, con sistemática perseverancia, por parte de la OTAN. Aquí hay que aclarar que el científico social no debe necesariamente compartir, justificar o apoyar esas cuestiones de seguridad –así como sus relativos instrumentos y acciones empleados y tomadas para enfrentarlas– para ser capaz de reconocerlas como subsistentes, efectivas, a veces obligadas por las circunstancias, y por ende para considerarlas como esenciales elementos de los cuales hay que tener en cuenta dentro de los análisis. Es entonces oportuno especificar cómo la mezquina guerra en Ucrania, antes de que fuera culpablemente relanzada por Rusia sobre un plan de conflicto aún más elevado, en realidad, ha sido metódicamente preparada, provocada, desencadenada y llevada adelante primeramente por los Estados Unidos y por sus más cercanos aliados y referentes político-estratégicos presentes en la región. Eso porque –dentro del marco estratégico definido por ese sujeto aun dominante, pero ya decadente y post-hegemónico, en función de sus propias perspectivas e intereses– Ucrania representa un segmento muy relevante de la tortuosa cremallera Este/Oeste que, a lo largo de los últimos lustros, Estados Unidos se ha encargado de abrir y de lacerar peligrosamente, recurriendo a diferentes tipos de instrumentos de violenta injerencia.

Ese conflicto, si lo vemos bien, no representa exclusivamente el momento simbólico de práctica ruptura del monopolio occidental sobre el uso de la violencia a nivel internacional, sino que constituye también la prosecución de la serie de prestaciones del circuito militar-monetario de matriz estadounidense. De aquel mecanismo, es decir, a través del cual, durante décadas, la potencia norteamericana ha implementado y fortalecido descabezadamente su propio modelo esencialmente espectacular-financiero de dominación sobre el mundo, para hacer frente a la crisis y al agotamiento de su propio poder hegemónico. Más bien, ese modelo representa la manifestación y el fruto decadente –más que maduro– de uno de sus últimos actos arriesgados y desesperados, orientado a doblar, por las buenas o, preferentemente, por las malas, directa o sibilinamente, la curvatura de lo que Qiao Liang (2021) ha llamado *el arco del imperio*. Desde esa perspectiva, de hecho, la guerra Rusia-Ucrania, lejos de representar un punto de interrupción de la lógica funcional peculiar de aquel circuito militar-monetario comandado por Washington DC, representa su apoteosis, además de *su prosecución con otros medios*. Esta última afirmación debe ser tomada literalmente, en el sentido de que esta quiere expresar exactamente que la guerra Rusia-Ucrania representa, en cierta medida, la prosecución de la lógica y de la práctica bélica estadounidense *utilizando concretamente los medios de terceros actores*: el conflicto es llevado adelante, de hecho, sacrificando no solamente, e *in primis*, el martirizado pueblo ucranio; no solamente las clases populares de Europa y del mundo entero, que en muchas y diferentes formas, están costosamente ya pagando aquellos medios; sino también, inclusive, empleando, por juego de palanca y carambola, los recursos del ejército y del pueblo ruso. Estos, efectivamente, han sido eficazmente arrastrados adentro de la trampa del remolino de una disputa que se prospecta como prolongada, con la perfidia de la provocación sistemática, con actos de guerra civil e internacional sapientemente dosificados, y de una “amenazadora oferta” que (en el marco de las reglas del juego vigentes, que por supuesto hay que romper) es imposible de rehusar.

Esa perversa obra maestra cumplida por los estrategas del Pentágono, representa la infame cúspide de una trayectoria de innovación del arte de la guerra estadounidense que ahonda

sus raíces en la visión –entre otros– del cínico Robert McNamara, y las “enseñanzas” maduras en reacción al tremendo trauma representado por la doble derrota sufrida, en la segunda posguerra, antes en Corea y luego en Vietnam (enseñanzas de las cuales, Estados Unidos, con toda evidencia, ha aprendido prácticamente todo, excepto lo esencial). Este personaje-clave –que ha ocupado los cargos de dirigente de la Ford Motors, de Secretario de defensa de los gobiernos Kennedy y Johnson durante los años Sesenta, y de Presidente del Banco Mundial desde 1968 hasta principios de los años Ochenta– ha sido, de hecho, uno de los inspiradores de aquella profunda reforma del rol y de las funciones de impulso que el aparato militar estadounidense habría pronto empezado a desempeñar –indudablemente con aun mayor sistematicidad que en el pasado– dentro de la sociedad norteamericana, así como dentro de la *constituida* sociedad global “abierta”. Una trayectoria que pasando a través de modalidades cada vez más *híbridas, asimétricas, fantasmagóricas y performativas* de guerra –para la tutela humanitaria, la exportación de la democracia, la prevención del terrorismo, la aseguración del sistema financiero, la destitución de los “autócratas” insusmismos al Occidente, y la lucha al virus...–, hoy en día llega a manifestarse en formas más plenas y propias de conflictos militares. Conflictos que, sin embargo, el nuevo arte de la guerra –por lo menos en esta fase– hace combatir principalmente a los demás en nuestro lugar; donde los demás, en ciertos casos, son inclusive ¡nuestros mismos enemigos!, empujados a empezar y a combatir guerras que –en la medida en que quedan limitadas, y a veces incluso cuando parecen perdidas– favorecen al actor dominante del circuito de saber y poder global que, desde arriba, las controla y manda.

## **El río del valor, el crédito en dólares, el lobo y el cordero**

Finalmente, nuestra más fuerte objeción a la tesis de punta del libro quizá sea aquella referida a la consideración acerca de la *naturaleza* de los créditos y de las deudas que animarían –desde ese presunto fondo ontológico de la realidad mundial, individuado en la economía financiera por los representantes de esa corriente de pensamiento– las actitudes de los actores que se disputan esa batalla cada vez más campal. Nuestro postulado de partida consiste en valorar, de hecho, como falaz toda interpretación que tienda a leer estas dos entidades (los créditos y las deudas internacionales) en términos meramente abstractos y algebraicos, como si fueran realidades efectivamente especulares y simétricas, y cancelando así su precisa historia y consistencia política, que son muy relevantes. Falaz es toda interpretación, entonces, que no tenga debidamente en cuenta las concretas consistencias y circunstancias geopolíticas en la cuales aquellas posiciones financieras se encuentran encarnadas. En definitiva, cuestionamos el hecho de que pasando del análisis lógico-teórico del proceso de centralización, a la evaluación concreta y política de las relaciones de deuda y crédito empíricamente registrables, los autores se queden anclados en un mecanismo de determinación de los elementos subjetivos y objetivos de las posiciones, de sus implicaciones y de las disputas, que nos resulta, desde el punto de vista histórico y geopolítico, carente, y del todo encerrado dentro de la jaula epistemológica del economicismo y de una interpretación de «la más rigurosa concepción marxiana de la historia» que, francamente, nos parece equivocada.

Hagamos un inciso: los autores declaran muy claramente ya desde la introducción cuáles son «las bases epistemológicas de sus investigaciones», que califican expresando un mal celado fastidio hacia la frustración existencial que atraviesa los ánimos de los «boxeador-

res del poder constituido, así como de aquellos ingenuos soñadores deseosos de someter este a más elevados fines»; hacia el malestar de «aquellos que Althusser [...] no dudaba en definir “humanistas de origen burgués o pequeño burgués” [...] que quisieran honrarse del rol de miembros activos de la historia, pero que sin embargo temen que ésta, en realidad, se cumpla independientemente de sus acciones individuales». Ellos consideran ese temor bien fundado, y preciso también sacar de ello sus «lógicas consecuencias». Es decir: «cualquiera que desee seriamente empezar un discurso científico sobre la dinámica de los eventos, debería aprender a superar» la serie de heridas narcisistas infligidas por Copérnico, Darwin, Marx y Freud a la humanidad, repitiendo, cada uno de ellos en diferentes campos del saber, la verdad según la cual la historia consistiría en un «proceso sin sujeto» (Brancaccio et al., 2022: 9).

En definitiva, es bajo este enfoque epistémico conscientemente escogido y reivindicado, que toda la complejidad que caracteriza las estructuras demográficas, socioeconómicas, culturales y de poder del actual sistema-mundo –y dentro de la cual, entre muchísimas otras, subyacen las diferentes posiciones de crédito y deuda de los diferentes actores internacionales–, resulta denegada, expulsada del horizonte de la comprensión y cancelada. Así, los múltiples términos de la muy enredada problemática son reducidos al esquema de una lucha semiautomática y cuasi-determinística entre subjetividades concebidas como meros apéndices de las «cuotas de control de [una única e indistinta forma global de] capital» que ellas poseen; y las cuales –componiéndose y simplificándose bajo el efecto del movimiento tendencial de centralización– de repente se encuentran para animar la forma de la contraposición entre dos fundamentales bloques imperialistas, substancialmente simétricos y equipolentes, propia de *la guerra capitalista*.

Un elemento que creemos concurra a viciar y a comprometer la completa validez de esa fórmula, puede ser identificado en la declinación del sujeto principal del entero proceso dialéctico y de sus dinámicas, al singular: *el capital*. Una primera objeción a eso puede hacer referencia a la última obra de Giovanni Arrighi (2007), en la cual el estudio comparativo e histórico del caso chino –efectuado bajo las lentes del auténtico pensamiento de Adam Smith, rescatado de las injusticias de su vulgata– nos muestra cómo las “revoluciones” que han afirmado el predominio de la tipología de relaciones sociales y productivas que denominamos “capital”, no pertenezcan para nada a un único modelo. *Los capitales* pueden articularse en estructuras –por ejemplo– de tipo *industrial* o *industrioso*<sup>3</sup>, que implican diferencias, en términos de relaciones sociales y políticas, que pueden resultar muy profundas. Sin embargo, el espectro que contiene y describe la variedad posible y existente de *los capitales*, es decir de las formas subjetivas y relacionales correspondientes a ellos, es mucho más ancha si incluimos en nuestra consideración las variables correspondientes –para nombrar las principales– a las dimensiones político-estratégica e institucional, y cultural-ideológica y de las civilizaciones. Entonces, es también debido a esas consideraciones que resulta ficticio e inconsistente el axioma que pretendería postular la existencia de un *automatismo comportamental* según el cual a ciertas posiciones definidas por las condiciones de crédito y deuda correspondan siempre, necesariamente, cierta presumible invarianza de las intenciones, de las actuaciones y de los modos de operar de los respectivos actores; y, en definitiva, de los resultados generales de un proceso concebido como operado *en ausencia absoluta de subjetividad*.

<sup>3</sup> El concepto de “revolución industrial” fue propuesto ya en los años Noventa, y luego ulteriormente desarrollado, por Jan De Vries (2008), a partir de la referencia a los casos de la *household economy* de Holanda e Inglaterra en el siglo XVII.

En cambio, considerar la existencia de agentes capaces de pensamientos y acciones estratégicas y, en la medida de lo posible, autónomas, cambia las perspectivas. De hecho, dentro de aquel esquema, la gira proteccionista inopinadamente decidida e impuesta por parte de las potencias occidentales –que, como hemos visto, se manifiesta en la estrategia más general del *friend-shoring*–, es leída como una comprensible reacción de freno y defensa por aquellas contrapuestas al corteo de iniciativas agresivas emprendidas por los capitalistas y los Estados paladinos de los grandes acreedores. En nuestra interpretación, en cambio, la naturaleza de aquella ruptura –que se asemeja tanto a la enésima repetición del *gesto típicamente occidental correspondiente al corte del nudo gordiano* (cfr. Jünger y Schmitt, 1953)– representa el intento de prolongar ulteriormente, y con otros medios, las frecuentes prácticas de subordinación, opresión y expropiación de valor a expensas del resto del mundo. En particular, eso se configura como una especie de tiempo segundo de lo que Ugo Mattei y Laura Nader (2010) han definido *el saqueo*, llevado a cabo a lo largo de las últimas décadas, sobre todo a través de la implementación de los sofisticados instrumentos elaborados por las escuelas estadounidenses y anglosajonas de *business and law*. Ese segundo tiempo de *proteccionismo aversivo*, cumple y perfecciona, de forma diferida, o hasta retroactiva, la realización de aquella depredación que la fase expansiva de la globalización había significado. En aquella primera fase, al flujo de todo tipo de bienes y mercaderías que sacadas del este se dirigía hacia el oeste, incorporando cantidades inmensas de concretos recursos humanos y naturales, materiales e inmateriales, había correspondido un flujo en dirección igual y contraria de una marea de dólares estadounidenses, consistentes en simples pagarés hechos de papel y de bit. Ahora, entonces, en esta segunda fase, la estrategia occidental hacia los países orientales, en la medida en que se expresa más y más en la forma de apremiantes e instrumentales sanciones y de decididas clausuras aduanales, produce el resultado, efectivamente, de anular las deudas con ellos acumuladas, y de cancelar el poder adquisitivo madurado por parte de las comunidades de los productores, condenando enormes cantidades de liquidez expresada en dólares a estañar y, por consiguiente, a su drástica devaluación. La lista de las empresas y de los países “enemigos” que cada día el Departamento de Estado estadounidense actualiza y alarga, corresponde, en definitiva, dentro de este marco, a la creación artificial de “pantanos” macrorregionales donde las viejas deudas detenidas en formas líquidas por sus poseedores, son destinadas a volverse putrescentes y tendientes a anularse. Eso primeramente ocurre por efecto de la imperiosa decisión de aquella misma potencia, que son los Estados Unidos de América, que en las últimas décadas se había dedicado a canjear todo el sudor y el conocimiento, los recursos y la sangre de las demás poblaciones del mundo, con sus propios cheques representantes promesas de pago, ahora anchamente desatendidas. El valor de ese *fiat money*, entonces –y con ello, entonces, la más o menos etérea substancia de los *descreditados créditos* “acumulados” por parte de los productores orientales–, es puramente fiduciario. A lo largo del último medio siglo, ello se ha regido a nivel internacional prácticamente sólo sobre la inercia, el chantaje y la fuerza de caos y amenaza expresada a través de las iniciativas militares y paramilitares esponsorizadas por Washington DC., y agresivamente orientadas al control, directo o indirecto, sobre todo de los nudos del mercado energético y de la “regularidad” de los flujos financieros. En garantía de aquel valor y de ese proceso, yace el ejército más poderoso e hipertrófico no solamente de esa Tierra, sino que inclusive toda la historia que ese mundo haya nunca conocido.

A través del confinamiento de esa enorme cantidad de dólares dentro de los nuevos perímetros de repente trazados alrededor de esa *inmensa cuota de mundo unilateralmente calificado*

*como inmundo y no-amigo*, se están agrediendo las mismas fundaciones sobre las cuales había crecido el sistema internacional a lo largo de las últimas décadas. Se derrumba la confianza sobre la cual estaba basado el valor de esos instrumentos de reserva y cambio, y el honorable compromiso asumido por parte de sus emisores con los poseedores de sus respectivos en bit y papel, que los dólares habrían mantenido su propia esencial naturaleza de *moneda/monito*: es decir, de signo del título a recibir a su vez, en futuro, una efectiva contrapartida equivalente a la originaria partida de valor ya cedida a cambio de aquel mismo signo cedible. Revocando esa promesa colectiva, destituyendo el pacto mundial sobre el cual aquella se había mantenido, el efecto resultante es la transferencia hacia los países directa o indirectamente afectados por ese *enmity-shoring*, de las consecuencias de la crisis de performatividad del sistema occidental, bajo la forma de externalidades que se manifiestan en las formas de golpes severos de inflación, crisis económicas, políticas y sociales, y destrucción, geopolíticamente dirigidas desde remoto. Ese nuevo acto unilateral con el cual Occidente *desconoce el valor de toda vida y de todo pacto*, corresponde entonces a la afirmación de una voluntad de potencia pertinaz y de su sed sin fin de asalto, que pugna para buscar las nuevas adecuadas formas de activación de la próxima oleada de atracos.

Si los dólares representan prácticamente la única substancia del monto del crédito internacional que a lo largo de los lustros se ha concentrado más y más en Oriente, es porque estos instrumentos de pago han representado lo que metafóricamente podríamos describir como los cubos con los cuales Estados Unidos han exigido imperiosamente que todos los demás países sacaran, guardaran y se intercambiaran el agua corriente en el río del valor de la entera economía-mundo, que se iba, así, enriqueciendo cada vez más de nuevos emisarios. Sin embargo, pasando el tiempo, esos cubos se han deteriorado y desvaluado, revelándose incapaces de detener el agua, y determinando la dispersión de la gran parte del valor que los tributarios, a través de ellos, transportaban desde sus miles de manantiales esparcidos por la Tierra, haciendo que el valor fluyese hacia los grandes centros mundiales de desembocadura del gran río del valor. Además, ahora, con el *friend-shoring*, a las economías más populosas del mundo, se les impone aprovisionarse exclusivamente entre los confines de los tramos de ríos más limitados y secos, y entonces de mantener más y más lejos de las fuentes y de las desembocaduras, aquellos cúmulos de cubos rotos que son los dólares “orientales”.

En definitiva, hay que averiguar, y seriamente contestar a la pregunta acerca de ¿quiénes son el lobo y el cordero, entre el acreedor y el deudor, cuando el instrumento de expresión del valor, y de la obligatoriedad del crédito y de la deuda, es la moneda internacional controlada por el más grande deudor y saqueador del mundo? Los argumentos que a lo largo de las últimas décadas de financiarización de la sociedad global hemos abundantemente y justamente usado para defender el sagrado derecho de los pobres a una consciente insolvencia de sus deudas, eran lanzas de una lucha de clase ejercida desde abajo hacia arriba. Aquellos argumentos, ahora, no se pueden en absoluto reciclar –implícitamente y por inconsciente reflejo– para aplicarlos a esas circunstancias internacionales, y para brindar fuerza y sustentamiento al proyecto que programa y que poco a poco realiza un verdadero *choque de civilizaciones*, que representa exactamente *lo contrario de la lucha de clase*; o, aún peor, que es una de las manifestaciones de *la lucha de clase al revés*. El lobo occidental, disfrazado de cordero, no ha dejado su costumbre de exigir ser el único que pueda tomar, y tomando, ensuciar el agua de la fuente que riega el mundo; pero ni siquiera ha dejado de ensañarse sádicamente culpando al cordero, el cual bebe mucho más abajo, de portarse como un sucio

lobo malvado. Para intentar, quizás, de limpiarse la consciencia de la angustia, con la sangre de su chivo que se quisiera expiatorio.

A la raíz de la ruptura problemática que de repente individuamos en el desarrollo de los argumentos que sostienen la tesis de la naturaleza *capitalista*, en el sentido de meramente económico-financiera, de la propensión a la guerra mundial efectivamente presente, yace –creemos– lo que a nosotros nos parece ser un vicio epistemológico fundamental. Aquel vicio que se revela manifiestamente, no acaso, cuando del análisis conducido al nivel de la abstracción lógico-numeraria, aterrizamos sobre el plan de atribución de las intenciones, de las actuaciones, de las motivaciones económico-sociológicas, y entonces, también, de las relativas responsabilidades políticas, que cualifican los procesos internacionales, los sujetos y sus efectivas actuaciones. Más arriba, hemos individuado esa raíz en una idea excesivamente fantasmagórica y automática del capital, explícitamente concebido –como hemos visto– como el motor inmóvil de «un proceso sin sujeto». Consecuencia de eso es que el análisis se queda totalmente centrado al nivel de la auscultación de la mera fenomenología específicamente financiera del capital, y sin embargo engrandecida como si fuera su entera substancia *tout court*, y por ella confundida. Esa distorsión, que tiene naturaleza primariamente epistémica, se concretiza más operativamente –por lo menos en el caso del libro que más detenidamente aquí hemos analizado– a través de la aplicación sin mediación de los datos obtenidos observando la estructura del mercado accionario, al esfuerzo de comprensión de las mucho más anchas y heterogéneas conformaciones sociales, históricas y geográficas presentes en el sistema e involucradas y activas en sus procesos. Esa concepción corre el riesgo de no considerar adecuadamente, sino casi de desconocer casi totalmente, la importancia que la esfera de *lo político* efectivamente juega –por supuesto, con todas sus limitaciones– en la realidad social e histórica.

Nuestra persuasión más general es que aplastar tanto la reflexión sobre el esquema de un razonamiento numerario (del cual, sin embargo, no despreciamos su justa relevancia), frustre la capacidad de individuar, esclarecer y analizar las determinaciones esenciales de *los capitales*, sus más auténticas características definidas por las complejas y variables circunstancias dentro o alrededor de las cuales estos *se encuentran efectivamente encajados*. La empresa cognoscitiva que funde los motivos de sus principales pasos sobre el razonamiento numerario, y que centre su enfoque de perspectiva sobre una indiferenciada dimensión financiera, captará algunas relevantísimas dinámicas de la realidad histórica, faltando de alumbrar y de considerar de ésta, sin embargo, todas sus ulteriores determinaciones esenciales. Sólo una lectura de *los capitales efectivos* necesariamente *más compleja y plural*, de hecho, puede aspirar a lograr comprender lo que del “capital” es verdaderamente esencial. Es decir, la especial habilidad que esa forma de relación productiva y social tiene y renueva continuamente: la de incorporar, metabolizar y de reducir a un vínculo de funcionalidad, la siempre disponible y heterogénea *inactualidad* que le rodea y estorba; la de volverse, por ende, sistema creciente y tendencialmente integral y total de producción y reproducción del mundo, en la forma de estructura dialéctica articulada en focos dinámicos de polaridad; la de engendrar y vehicular, dentro y a través de la forma abstracta, general y casi-total de la mercadería, también dispositivos de naturaleza técnica y de calidad ontológica, que continuamente ordenan y desordenan las específicas configuraciones políticas, culturales y hasta epistémicas de las sociedades. Esa articulada y compleja habilidad *eventualmente* propia de los sujetos *económicos*, tiene –en realidad– naturaleza eminentemente *intelectual y política*. Eso implica que, para reconocerla, observarla, entenderla y –tal vez– efectivamente

contrastarla, hace falta procurarnos otras lentes teóricas que integren y complementen las visiones que hasta ahora hemos considerado.

## Otro sendero: de la vía italiana a la autonomía de lo político

Antes de llegar a las conclusiones que explicitan de forma más directa y abierta los resultados del trabajo de análisis crítico que hemos desarrollado en las anteriores páginas, en esta pequeña sección del ensayo queremos asomarnos a otra y contrapuesta perspectiva político-filosófica de lectura e intervención antagonista dentro de las crisis económicas internacionales, que ha madurado en Italia en una fase muy alta y aguda de la lucha de clases que hemos conocido durante el siglo XX, y de su elaboración teórica. En particular, Mario Tronti, en ocasión de un seminario que tuvo lugar en Turín en 1972, intervenía críticamente sobre la diatriba político-epistemológica que representa el verdadero núcleo escondido del objeto de reflexión aquí desarrollado, de esta brillante forma: «todo lo que ocurre a cierto nivel, al nivel definido como superior, es impulsado por lo que yace por debajo, al nivel inferior, por la mano invisible, puede decirse, de los niveles estructurales. Es una explicación que por un lado resulta cómoda, siendo fácil de comprender y de utilizar; por otro lado, es una explicación paralizante desde el punto de vista de la investigación y de la intervención práctica. Yo diría que debemos aprender [...] a abandonar ese tipo de explicación» (Tronti, 1977: 10. Traducción propia).

Tronti juzga comprensible la resistencia que el economista opone a la idea que supone la «falta de autonomía de lo económico» (ídem: 6) y según la cual la «teoría económica no hace sino reflejar el bloque [social y político orientado a producir el fenómeno] del desarrollo» que, sin embargo, «no controla, no domina». Esa representa solamente una de las «muchas lonchas del saber social [...] para la gestión del desarrollo», organizadas sobre cada una de las diferentes «fracciones de la sociedad y del Estado –la producción, el mercado, las luchas, dirección, administración, organización, las profesiones, los partidos» (ídem: 8). Sin embargo, graves son los efectos de esa resistencia cuando, en coincidencia de las crisis, degenera en un verdadero *fetichismo*. Coqueteando irónicamente con la terminología economicista entonces dominante, Tronti justamente lo denunciaba de esa forma: cuando la crisis se presenta en sus vestes económicas, le ocurre algo parecido a lo que ocurriría a la mesa de Marx apenas transfigurada en mercadería: «que se pone a bailar por su cuenta, cabeza abajo y pies arriba». Según el *operaista* italiano, «hay un arcano en la forma de la crisis económica –Marx lo llamaría su carácter místico– que, como un espejo, desvía al terreno político la búsqueda de los rasgos específicos de su historia última: irracionalidad en el mecanismo de funcionamiento de la máquina estatal, desperdicio de recursos humanos y falta de utilización de potenciales fuerzas de gobierno, sobreproducción de servicios electorales y subconsumo de productos administrativos, inflación de funciones burocráticas, paro de masa entre los miembros del poder legislativo, devaluación creciente del poder ejecutivo. Decir: “la crisis es política” es la forma actual de practicar la crisis de la ideología, de no creer en lo que parece, de luchar contra lo que es» (ídem: 7).

Traduciendo este concepto en nuestros términos, diremos que *la economía capitalista es la prosecución de la política de dominio, social e internacional, con otros medios*; y que, sin embargo, nunca cancela, y siempre entraña, la posibilidad de una *política de emancipación* por parte de las clases y de los pueblos subordinados. Los momentos de crisis económicas son fundamentales para la ponderación y la definición real de las concretas relaciones de fuerza entre

las dos dimensiones de la política –proyecto de emancipación o de dominación–, y por ende de sus sujetos portadores. De esta perspectiva, pensar en la necesidad de *luchar contra lo que es*, hoy en día, implica, entonces, deber reconocer el carácter eminentemente *político* no solamente de la crisis *económica* –como en el caso del contexto sobre el cual entonces escribía Tronti–, sino también, y *a fortiori*, de lo que, a la vez, son sus específicas consecuencias y verdaderas raíces: la *guerra*. En este sentido, la crisis *militar* dentro del capitalismo –como aquella en acción, sin más, ciertamente muestra– en su naturaleza de *veste militar de aquella misma crisis, que es económica en cuanto política*, es siempre, en realidad, al mismo tiempo: forma de continuación de la economía capitalista con otros medios, así como expresión de su ruptura; momento de auge de lo político, y trágica manifestación de su *impasse*. Eso es posible porque la crisis corrompe, vence y aplasta los sujetos, las energías y los proyectos propios de la dimensión política tendiente a la emancipación y a la liberación desde abajo, al mismo tiempo en que exalta la supremacía de su dimensión de verticalización, de arbitrio y de dominación. En definitiva, las *crisis económicas* son ámbitos *profundamente políticos* también en la medida en que *deciden* quiénes preservarán o conquistarán la capacidad de ejercer y gozar de la *autonomía de lo político*, y quienes en cambio la sufrirán y –peor aún–, sin quererlo ni saberlo, la servirán, *creyéndose víctimas de la objetiva necesidad (o autonomía) de lo económico*. Tronti expresa un concepto parecido cuando afirma que la razón por la cual el proyecto o «esquema marxiano de una continuidad de desarrollo de lo económico a lo político históricamente no haya funcionado» reside en el hecho de que, en la realidad, su relación se haya dado más bien exactamente al revés: casi por paradoja, «la crisis económica, justamente la crisis económica –es decir, el momento casi de derrumbe del sistema económico– ha producido el desarrollo político del capital» (ídem: 13). Reconocer la autonomía de lo político significa, entonces, fijarse en los rasgos que definen, en cada fase, *la especificidad del ciclo político*, que puede ponerse –por complejas razones de equilibrios y de oportunidades, estructurales o contingentes– en posiciones más avanzadas y de empuje, o más bien atrasadas y de contención y freno, con respeto a las características del ciclo económico. Son los elementos subjetivos, proletarios y burgueses, jugados dentro de la lucha de clase, en cada fase, a fungir de cremallera en la relación de continuidad o de ruptura que, de vez en vez, se establece entre las especificidades de lo económico y de lo político.

Esa diferencia, y su cambiante articulación histórica, es tan importante que Tronti auspicia un empeño teórico militante «para el descubrimiento futuro de las *leyes de movimiento del estado moderno*», que complementa e integra el descubrimiento de las leyes de movimiento del capital por parte de Marx. De hecho, el capital y su estado animan «*dos historias paralelas* que no siempre coinciden y que a veces, inclusive, se contradicen. Lo que a estas alturas ha quedado claro, es que no se trata de una sola historia, como en cambio el marxismo ortodoxo hasta ahora ha sostenido» (ídem: 16). El proceso de distinción y de separación entre lo económico y lo político, y hasta entre dimensiones internas a lo político como el estado y la sociedad civil, es complejo, tiene sus variables motivos y razones, y es algo que el capital no controla del todo, sino que a veces organiza, otras veces concede, y otras aun sufre y acusa. Ambivalente es también la relación de primacía entre las dos dimensiones fundamentales aquí en cuestión, con respeto a las culpables simplificaciones que la ortodoxia ha generado: «muy poco vale aquí la ley según la cual la económica siempre sería la primera causa», ya que en la historia, en muchos casos, «casi ha ocurrido lo contrario»; a veces, de hecho, las «vicisitudes de las instituciones han proporcionado un modelo que luego, por otras vías, con otras razones, ha encontrado ocasión de aplicación en lo económico. Aquí vemos que la dirección del estado ha enseñado algo a la conducción de la gran empresa» (ídem: 17).

Merece la pena citar aquí una gran página trontiana sobre la calidad crucial de la dimensión política del «gran capital», el cual –según el autor *operaista*– «nunca se encuentra a solas en la sociedad: a su derecha debe luchar contra sus propios elementos atrasados. Las partes de esta gran máquina que es el gran capital son partes que sufren un rápido proceso de obsolescencia, envejeciendo rápidamente; por otra parte, estos elementos atrasados resisten políticamente a su misma muerte; y el capital no está dispuesto a eliminarlos con violencia todos de una vez; porque pueden resultar todavía útiles políticamente. Entonces siempre se mantiene esta relación del capital con su parte que aún no ha alcanzado el nivel del gran capital; [...] estas cuestiones no deben ser leídas, como a menudo banalmente se hace, como residuos precapitalistas o inclusive feudales, sino como partes envejecidas del capital mismo, dentro de la larga historia del capital. Es una parte del mismo capital que envejece en relación con el desarrollo del gran capital. A su izquierda, en cambio, ese capital tiene continuamente a la clase obrera, que lo empuja hacia adelante, que lo fuerza a desarrollarse, que lo amenaza si no se desarrolla; de aquí, aquella posición de *centralidad* que adquiere cualquier posición política estable del poder capitalista. Esta solución de centralidad ofrece, por cierto, la necesidad histórica, entonces, de un grupo político profesional al cual asignar la gestión del poder. Ese grupo tiene que poseer una capacidad de mediación entre esas diferentes partes internas del capital, incluida aquella parte interna que se pone como *interlocutor antagónico*, que es por cierto el trabajo obrero, la clase obrera en general. Aun de aquí, de esta necesidad de centralidad y de un grupo político profesional y mediador, la necesidad histórica de *un arte* de la política, es decir de técnicas particulares para la conquista y la conservación del poder, de una ciencia de las actividades prácticas colectivas [...]; precisamente [...] *ciencia* de la política. Y de aquí, otra vez, la necesidad de un análisis *sociológico* del comportamiento de los hombres, de las organizaciones, de los institutos políticos. Y todas esas cosas: política subjetiva, técnicas de la política, ciencia política, sociología política, todas juntas hacen la historia del pensamiento político moderno. Ahora, aquí hay que matizar algo preciso: en absoluto, no se trata de revertir la relación entre lo político y lo económico [...]; se trata de entender que, entre los diferentes terrenos de lucha que cubren el espacio de una sociedad capitalista, hay también *la disputa entre el capital y su estado*» (ídem: 17-18).

En conclusión, según los auspicios de Tronti, las clases populares y oprimidas deberían invertir práctica y teóricamente en la hipótesis/proyecto que forzara el capital a existir «esencialmente como categoría económica» y que elevara «el trabajo obrero esencialmente» a una condición de «categoría política» en la práctica y en la acción. Esto en razón de la consideración según la cual solamente los *sujetos* conscientes de su misma condición de explotados, y que se esfuerzan de traducir esa conciencia en gestos cotidianos de destitución y de liberación, pueden representar «la única verdadera [fuente de] racionalidad posible del estado moderno», frente a la «irracionalidad política» del capital (ídem: 19). Tal irracionalidad política, en realidad no es otra cosa sino la otra cara de la misma *racionalidad todo-económica* del capital, detrás de la cual tiende a esconderse su inquietante naturaleza de *sujeto nihilista* que solicita e incorpora todo deseo de bienes y de vidas, pero solamente para *negarlas*.

A final de cuentas, la perspectiva promovida por Tronti y por su interpretación del paradigma de la autonomía de lo político, contrapone a la idea de una *guerra capitalista*, la conciencia científica y política de la existencia de un *capitalismo* que ya por su naturaleza es *guerrero*, y que además, en algunas fases de la historia especialmente, se carga de un afán y de

un alcance tales que tienden a la más triste dimensión de la totalidad. Frente a eso, Tronti nos indica también la oportunidad, que hoy se ha vuelto una urgente cuanto desesperada necesidad, de que de esa condición surja un *sujeto* capaz de pugnar contra ese impulso semiautomático de muerte. Por muchas razones, más o menos evidentes, ese sujeto ya no puede corresponder al perfil al cual pensaba la perspectiva *operaista*; así como patente, hoy en día, se ha vuelto la circunstancia, de que es imposible, y –para nosotros– tampoco deseable, que ese sujeto se vuelva efectivamente capaz de dirigir el proceso histórico. Su responsabilidad que la época le impone, en cambio, parece ser la de empezar con aprender y practicar la habilidad de *desactivar todas las más o menos largas e invisibles cadenas de sujeción y de mando*, que es el único *poder* infalible quizás no en la imposible tarea de obtener absolutamente la paz; pero sí, seguramente, en *mover guerra a la más odiosa forma de violencia que es la guerra*.

## Conclusiones

En conclusión, el análisis crítico que hemos desarrollado a lo largo de este ensayo de los principales argumentos avanzados por los partidarios de la tesis sobre *la naturaleza eminentemente capitalista de la guerra actual*, por un lado; y su integración y contraste con la visión elaborada por Mario Tronti, en los años setenta, sobre la relación que se establece entre lo económico y lo político durante las crisis estructurales y en el regazo de la lucha de clases; evidencian la dimensión asfixiante de aquella perspectiva basada sobre un enfoque economicista. En particular, la adopción *en forma prácticamente exclusiva* de lentes de análisis y de comprensión, sin embargo importantes, de la dimensión casi meramente numeraria y abstracta de la crucial realidad geopolítica y financiera, parece producir un efecto de clausura y de aberración. El efecto resultante de la observación de un diorama artificial, que sin embargo es interpretado y confundido, equivocadamente, con la totalidad de la realidad social mundial –que, sin duda alguna, es mucho más articulada y compleja. En definitiva, la meritoria operación de rescate del método marxiano de inteligencia de la ley de movimiento *tendencial* de la sociedad capitalista propuesta por los autores del libro analizado en la parte central de ese ensayo, fracasa a la hora de traducirse de hecho políticamente en una perjudicial lectura *tendenciosa* de nuestra actualidad internacional; sobre todo en la medida en que esa lectura –encima– acaba sumándose y participando, involuntariamente, al *enésimo formidable juego de prestigio óptico occidental*. Es decir, a aquel subterfugio orientado a camuflar los rasgos del viejo lobo imperialista con el disfraz de un tierno cordero, así como invertir la representación de las poblaciones más explotadas y saqueadas del mundo con la imagen de unos agresivos y ávidos usureros. Tal resultado, indudablemente, no es el fruto de un simple error, ni siquiera es la expresión de una equivocada perspectiva particular, sino que debe ser considerado, más bien, como el indicador de la extrema complejidad de las circunstancias actuales, y del exasperado nivel de dificultad al cual nos toca colectivamente hacer frente para cumplir con la necesaria tarea consistente en desarrollar la adecuada habilidad de lectura y transformación de nuestra condición actual –más y más fuertemente marcada por engaños, injusticias, sufrimientos, y en la cual vuelven a dominar, y con malvado método, las caras más feroces de la guerra y de la muerte.

Brancaccio *et al.* escriben: «Más bien, sería necesario focalizar el hecho de que en la economía de guerra que viene, la clase trabajadora de todos los países involucrados será inevitablemente sometida a más intensas tasas de explotación, entre ulteriores riesgos de

deterioro de los salarios reales y de las cuotas-salarios, acentuada precariedad, nueva militarización de los lugares de trabajo. Un destino de carne industrial y de cañón, a menos de no reconstruir un punto de vista autónomo del trabajo en la contienda entre naciones y clases: un “pacifismo conflictualista”, a la altura de los durísimos tiempos que vienen» (Brancaccio *et al.*, 2022: 155).

Subscribimos cada punto de esa cita, pero añadimos una imprescindible glosa y una polémica duda: la definición de una línea de frente político orientada al ejercicio de tal auspiciado *pacifismo conflictualista*, sin embargo, debe antes que nada dejar el peligroso camino emprendido por buena parte de la galaxia antagonista a lo largo de su historia contemporánea, y en los últimos lustros especialmente. Aquel sendero, aun cuando trata de liberarse de sus odiosas taras nacionalistas y racistas, lo hace en el nombre de una xenofobia renovada y elevada de nivel, sobre el terreno peligrosísimo del axioma del *choque de civilizaciones* permanente. Es decir, aquel camino que, ahora ya sistemáticamente, declina el *pacifismo* en la relación con nuestros padrones y grupos dirigentes, y en cambio destina la *conflictividad* para los padrones y grupos dirigentes *exclusivamente* de los demás pueblos. Como ya ha ocurrido en Europa, hace cerca de un siglo, hoy en día otra vez, sobre todo en el regazo de las fuerzas de la galaxia socialista, la opción del *conflicto social* orientado también a construir las condiciones y las prácticas de la *paz internacional*, incurre, choca y cae, concretamente, justo en los momentos tópicos, en su conjugación revertida, inducida desde arriba: la *pacificación social* (forzada desde arriba) orientada a desahogarse también en la alimentación de los términos del *conflicto internacional*. Porque el conflicto para la paz –que, quede claro, es lo contrario del ya citado dicho romano *para bellum si vis pacem*– es ejercido todos los días, en coalición solidaria, cada uno contra los *proprios* déspotas y patrones, en vez que contra los déspotas y patrones de los demás; o –peor– ¡contra sus meros simulacros!

Y ahora la duda polémica: efectivamente, ¿no ha sido justamente Marx quién nos ha enseñado que antes viene la subjetividad forjada en las concretas relaciones en las cuales consiste el conflicto social; que sucesivamente viene la coalición de las partes subordinadas y oprimidas, que se manifiestan en el “partido”; y que solamente después llega el esfuerzo científico dirigido a orientar el desarrollo y el camino? En cambio, el conocimiento que, si bien sigue rigurosamente el criterio del método, se despliegue a partir de las determinaciones de enemistad fundamentales que nos proporciona e impone nuestro mismo enemigo, ahogan en el desastre toda posibilidad de vida justa y plena –toda posibilidad de comunismo. En definitiva, si la *interpretación del mundo* quizás no, sin embargo, el *proceso de su transformación* sí, decididamente *¡requiere un sujeto!*

## Bibliografía citada:

- Agamben G. (2015). *Stasis. La guerra civile come paradigma político*. Torino: Bollati Borin-ghieri. – Traducido a: *Stasis: la guerra civil como paradigma político*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2024.
- Arendt H. (1951). *The origins of totalitarianism*. New York: Schocken Books. – Traducido a: *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2021.
- Arrighi G. (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Arrighi G. y B.J. Silver (1999). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal. 2001.
- Brancaccio E. (2024). *Le condizioni economiche per la pace*. Milano: Mimesis.
- Brancaccio E., R. Giammetti e S. Lucarelli (2022). *La guerra capitalista. Competizione, centralizzazione e nuovo conflitto imperialista*. Milano: Mimesis.
- Carfora L. (2023). *Guerra e schiavi in Grecia e a Roma. Il modo di produzione bélico*. Palermo: Sellerio.
- Clausewitz C. (1832). *Della guerra*. Milano: Mondadori, 1970. – Traducido a: *De la guerra*. Roma: Greenbooks editore, 2016.
- Consiglio Europeo (2024). “Da dove viene il gas dell’UE”. En [www.consilium.europa.eu](http://www.consilium.europa.eu). 31 marzo 2024.
- Crouch C. (2020). *Post-democracy – After the crisis*. Cambridge: Polity Press.
- Crouch C. (2005). *Post-democracy*. Cambridge: Polity Press.
- De Vries J. (2008). *The industrious revolution: consumer demand and the household economy, 1650 to present*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault M. (1976). *Bisogna difendere la società*. Milano: Feltrinelli, 1998.
- Fukuyama F. (1989). “The end of history?” *The National Interest*. No. 16 (Summer 1989), pp. 3–18.
- Galeano E. (2008). *Espejos. Una historia casi universal*. Madrid: Siglo XXI.
- Hardt M. y Negri A. (2000). *Imperio*. Buenos Aires: Ediciones Paidós, 2005.
- Harvey D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, 2005.
- Jünger E. y C. Schmitt (1953). *Il nodo di Gordio*. Milano: Adelphi, 2023.
- Marx K. (1867). *Das Kapital*. Hamburg: Otto Meissner.
- Mattei U. y L. Nader (2010). *Il saccheggio. Regime di legalità e trasformazioni globali*. Milano: Bruno Mondadori.
- Polanyi K. (1944). *The great transformation*. New York: Farrar & Rinehart.
- Qiao Liang (2021). *L’arco dell’impero. Con la Cina e gli Stati Uniti alle estremità*. Gorizia: LEG Edizioni.
- Schmitt C. (1927). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- Sivini G. (2022). *La costituzione materiale della Cina*. Trieste: Asterios.
- Sun Tzu (V siglo a.C.). *El arte de la guerra*. Madrid: Ilus Books, 2016
- Tronti M. (1977). *Sull’autonomia del político*. Milano: Feltrinelli.